Dichos legisladores no figuran entre aquellos á quienes León XIII se dirige en esta forma: «Es indudable que el progreso de la vida religiosa en los pueblos representa una obra eminentemente social, dada la íntima conexión entre las verdades que son el alma de la vida religiosa y las que rigen la vida civil; resulta de aquí una regla práctica que nunca debe perderse de vista, y que da al espíritu de los católicos una amplitud característica. Queremos decir que, conservando la mayor firmeza en la afirmación de los dogmas, y evitando en absoluto todo compromiso con el error, aconseja la prudencia cristiana no rechazar á nadie; mejor dicho, conciliar el concurso de todos los hombres honestos, para conseguir el bien individual, y sobre todo social.

«La gran mayoría de los franceses es católica. Pero, aun entre los que no tienen esa dicha, hay muchos que conservan un fondo de buen sentido, cierta rectitud que se puede llamar el sentimiento de un alma naturalmente cristiana; ahora bien: un sentimiento tan elevado les da, con el atractivo del bien, la aptitud para realizarle; y más de una vez esas disposiciones íntimas, esas condiciones generales, les sirven de preparación para apreciar y profesar la verdad cristiana. Así no hemos descuidado, en nuestras últimas sesiones, pedir á tales hombres su cooperación para triunfar de la persecución sectaria, hace tiempo desenmascarada y sin freno, que tiende á producir la ruína religiosa y moral de Francia».

Los enemigos del cristianismo hubieran querido, para no deberle nada, atribuir á la filosofía cuanto hay de bueno y humano en los Códigos de Justiniano, comparados con la ley de las Doce Tablas; mas para admitir esa hipótesis, sería preciso, como dice Troplong, «violentar todas las apariencias». La misma objeción se presenta cuando se trata de juzgar lo que hubo de generoso en el movimiento de 1789, es decir, la proclamación de la igualdad ante la ley; se quiso atribuir esa gloria á los filósofos racionalistas del siglo XVIII.

¿Quién, sino la Iglesia, afirmó el dogma de la fraternidad humana frente al principio aristocrático de la sociedad feudal, cuyos últimos restos se dispersaron en 1789? ¿Quién, en una época en que el mundo no conocía más derechos que los de la sangre, hubiera colocado á la cabeza de las cosas humanas un siervo como Adriano IV, ó el hijo de un carpintero como Gregorio VII? Estaba sembrado ya el grano de mostaza que debía crecer y convertirse en frondoso árbol. Los que ahora recojemos sus frutos, no podemos menos de reconocer la mano que lo plantó, y reivindicar con energía la proclamación de la igualdad ante la ley, como aplicación social del dogma cristiano de la fraternidad.

«Así lo comprendieron, por lo demás, los autores y contenporáneos del movimiento de 1789; y el mismo clero francés, que se asoció á aquella campaña con tanto entusiasmo, podía juzgar indudablemente con más conocimiento de causa que nosotros, los que vivimos cien años después. Nosotros sólo lo vemos á través del velo sanguinario de los años que siguieron á aquella fecha; nos dejamos influir por interpretaciones que desnaturalizan su carácter; pero, considerado en sí mismo ese hecho, es indudable que representa el punto de partida de esa democracia con la cual no teme aliarse la Iglesia, porque es el fruto de su trabajo á través de los siglos, y la consecuencia de los principios que supo dar al mundo»,

(*Luz Católica*, núm. 68=69 Enero 1902).

III

Democracia cristiana.

Según la prensa, ha dicho un prelado:

«El obrero, el menestral, el hijo del pueblo debe estar al tanto de la cuestión social. Conociendo hasta dónde llegan sus derechos, comprenderá cuáles son los deberes, y estimándole de esta manera, se adelantará mucho en su educación. La democracia no es, como alguien afirma, el terror del clero; al contrario, nosotros debemos bendecirla, porque el primer demócrata fué Jesucristo y porque de ella nacen las libertades, esos principios de la igualdad y de la justicia, que sólo se definen y se conocen en la democracia cristiana».

A estas vaguedades, peligrosas y no nuevas, contestó *La Restauración*, hace ya 57 años cabales, en un artículo que, si no es de Aparisi Guijarro, debió ser inspirado por él.

He aquí los párrafos principales:

«Hace mucho tiempo que los espíritus reflexivos habían predicho el inevitable término á que vendría á parar esa rebelión soberbia de las inteligencias, y la historia de los cincuenta últimos años, tan fecunda en profundas enseñanzas, ha confirmado sobradamente sus predicciones. Todo ese estruendo, todo ese montón de ruinas, tantas guerras sangrientas, que han marcado el fin del siglo XVIII, y llenado de estragos el

presente, ¿qué son, en hecho de verdad, sino el resultado de esa tendencia funesta á despreciar el trabajo, los hábitos, las costumbres, las creencias antiguas, y componer lo presente sin tomar nada á lo pasado de su experiencia y de sus luces?

»Así lo ha querido también esa Providencia de Dios que ha dispuesto el mundo para que las edades pasadas ayudasen á las futuras, como los grandes enseñan y guían á los pequeños. Las columnas de la tierra han sido conmovidas por los novadores, que han destruído sin hallar delante de sí sino el vértigo ó la debilidad. Pero apenas ha necesitado el tiempo de pasar sobre la obra de sus manos para mostrar que era ruinosa: y todos esos hombres, cuya mayor parte fueron grandes por el ingenio, no han recogido, en vez de la admiración y gratitud del género humano, sino la reprobación histórica viviente y el anatema de una posteridad contemporánea.

»Hemos llegado, pues, á una triste época en que se deducen las últimas consecuencias de esas funestas máximas de independencia respecto de las tradiciones. En las filas de ese partido político, cuyo solo nombre despierta sangrientos recuerdos, hase formado una casta de quien no sabrá decirse si tiene más ignorancia que mala voluntad, ó más audacia que hipocresía; pero cuya ignorancia, mala voluntad, audacia ó hipocresía, no deja de ser un brillante homenaje prestado á la majestad de las doctrinas que desnaturalizan y á las creencias nacionales. Rechazados por la opinión, esos hombres han buscado un abrigo en el cristianismo; refúgianse en su historia, invocan las tradiciones de la Iglesia, sus máximas de emancipación, sus combates por la libertad de los pueblos. El fantasma horrible de la democracia, revestido majestuosamente con el traje cristiano y cubierto con la protección poderosa del nombre del Evangelio, parece que pierda por un momento algo de sus lamentables recuerdos.

»A primera vista, nada hay efectivamente más democrático que el Evangelio y que la acción perpetua de la Iglesia. Jesucristo, su fundador divino, nace en un establo y en la clase del pueblo; desde su cuna es proscripto y perseguido por los grandes. La mayor parte de su vida se pasa obscura é ignorada; y cuando reaparece en la escena del mundo, es para humillar el orgullo de los grandes, para tronar contra el lujo de los ricos y la tiranía de los señores, para levantar el ánimo de los pequeños, consolar á los oprimidos, bendecir á los esclavos, sentarse á la mesa de los pobres y llevarse tras sí al desierto las turbas del pueblo, á quien adoctrina con su palabra y sustenta con sus prodigios; apenas ha muerto, cuando su doc-

trina se difunde rápidamente por el mundo, causando en él una alegría y conmoción universal.

»Poco á poco los campos se desmontan, agrúpanse los pueblos en rededor de los monasterios; el siervo reemplaza al esclavo, el hombre del común substituye al siervo; y al sonar la hora de la oración, la campana de las abadías hace levantar sobre sus azadas millares de hombres libres. La Iglesia excomulga, por causa de tiranía, las testas coronadas; funda las escuelas, las universidades, los hospitales, levanta majestuosos monumentos en medio de las ciudades populosas, y salúdanla á porfía todas las naciones como á la protectora de sus derechos y la salvaguardia de sus libertades.

»He ahí lo que fué la Iglesia en las edades pasadas. Pero no se ha tomado en cuenta sino una parte de su historia y una sola mitad del Evangelio, para acomodarle á los errores de nuestro tiempo y á las peligrosas utopias de un partido rechazado por la unión. Es una cosa vulgar hoy día la inmoralidad de la sociedad pagana en el momento del nacimiento de Jesucristo. Venido para regenerar el mundo y expiar una falta, cuyo principio era el orgullo, Jesucristo nació pobre y en la condición del pueblo; pero pertenecía al mismo tiempo á la sangre real de la familia de David. Por la humildad de su nacimiento y la obscuridad de su vida, iba á tocar con las clases pobres y populares; por la antigüedad de su linaje y el esplendor de su real nombre, corría parejas con las casas de príncipes y las familias patricias.

»El error que combatimos ha nacido de haber considerado la acción de la Iglesia de una manera absoluta, en vez de mirarla relativamente á las necesidades, á los tiempos y á las costumbres. Porque se la ha visto luchar contra el despotismo de los príncipes, hacer una guerra continua á la tiranía de los señores, abrigar al pueblo en su regazo, abrirle sus monasterios, sus abadías, sus cartas de libertad, hase concluído que eran democráticos los principios de su constitución, así como al leer los anatemas del Evangelio contra las riquezas, el poderío y la opresión, se le presenta como una especie de código revolucionario para el uso de los odios y las ambiciones populares de nuestro tiempo; y no se hace ver que la Iglesia, que lanzaba un tiempo sus rayos en la persona de Teodosio, contra la tiranía de los reyes, habla con no menos vigor en nuestros días al despotismo del pueblo».

Abundando nosotros en estas mismas ideas de Aparisi Guijarro, escribimos lo siguiente, hace cuatro años, en *Meditaciones religioso-políticas de un proscripto*,

figurando que pronunciábamos un discurso familiar á ciertos hombres, obtenido ya el triunfo de España:

«El Gobierno Tradicional (el del Gran Monarca), paternal con todos y con todos justo, lo mismo ha de regir á ricos que á pobres y á nobles que á plebeyos: igualmente españoles son todos. Pero os añadiré que para los desvalidos ha de ser su principal solicitud, porque á los desvalidos se debe dar la protección de que los poderosos y acomodados no necesitan.

»¿Sois demócratas? Yo también lo soy, aunque se me ha dicho que por mis venas corre sangre de muy antigua nobleza. Más noble era la de Jesucristo, y Jesucristo fué el primer demócrata, quiero decir, el primer amigo de los que poco pueden.

»Venid todos, aunque seáis pobres y pequeños, aunque hayáis sido salteadores, que entre salteadores murió Jesucristo, después de haber frecuentado la compañía de los pequeños y los pobres. Los desheredados de la fortuna suelen ser los herederos de Dios: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».

«Y dijo más el Señor: de los apegados á su fortuna dijo que su salvación era más difícil que el paso de un camello por el ojo de una aguja; y á los agobiados por los trabajos y la pobreza les invitó á acercársele para darles consuelo.

»Mas, al propio tiempo que esto decía, hospedábase en la suntuosa mansión de Betania, sin rehuir la ardiente amistad que le profesaban sus nobles moradores, ni la de otros ricos y nobles, como Nicodemo y José de Arimatea, á los cuales entregó su Santísimo Cuerpo.

»Así ha de ser un Gobierno cristiano; así será el Gobierno Tradicional. ¿Acaso los grandes y los ricos se han de ofender porque se dispense protección á los pobres y humildes, ni éstos porque se guarden á aquéllos las consideraciones debidas?

»El parlamentarismo, sin más afán que navegar á todo trapo por los mares del presupuesto, no tuvo más solución que esta: «Dinero, venga dinero»; por lo cual fué el protector de los acaparadores y el tirano de la pobreza.

»El Gobierno del Gran Rey, sin más afán que engrandecer la Patria, busca las soluciones en los hombres de mérito y de virtud, aunque procedan de «las ínfimas capas sociales», como vosotros decís.

»Paz, perdón y caridad para todos quiere el Gran Rey; pero pensad, amigos, que si en su corazón magnánimo no hay más que amor y perdón, la Patria no puede perdonar á los inexcusables tiranos que la destrozaron. ¿Sobre cuál de

ellos caerá el castigo? El crimen es demasiado atroz para caer sobre uno solo.

»Llegó el día de ajustar cuentas á los grandes malsines de de todas las camadas... ¡Oh!, ¿creéis que la carne putrefacta vale para más que para ser cortada por el cuchillo? Podrá no ser tan agradable y tan bello, pero es más decisivo y más justo el degüello mosaico de los adoradores del becerro de oro que la bondad de David, ocasionándole guerras atroces hasta de su propio hijo Absalón. Me gusta más la energía de Sixto V limpiando de bandidos sus Estados, que la bondad de Pío IX amnistiándolos para que luégo le despojasen; más Julio II á caballo con la espada desnuda, que Pío VII sufriendo las felonías y los ultrajes de Bonaparte».

Tal es nuestra democracia, tal será la del Gran Monarca, bien diferente, por cierto, de la del prelado de referencia, y en todo conforme con la reciente Encíclica de S. S. León XIII y con la democracia de Aparisi Guijarro, que el folleto asimismo titulado describe como sigue:

IV

Democracia de Aparisi Guijarro.

«Aparisi era profundamente demócrata, con aquella democracia inmortal que nació en el Calvario y redimió al mundo de la opresión y esclavitud, no con la democracia liberal, que es farsa y mentira y engaño.

«No desprecio á la nobleza (escribió Aparisi); pero el que »un vigésimo abuelo tuviera buenos puños, ¿me hace á mí »mejor ciudadano? Hombres somos todos de una misma fami»lia; si alguien me lo disputa, trazaré mi árbol genealógico »sobre el Arca de Noé, y si no os dais por satisfechos, en »medio del paraíso... ¿Quién es el más miserable, el que adula »á un Príncipe ó el que adula á una muchedumbre?... Entrad »en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra... ¡Qué »república, gran Dios, y qué ciudadanos! Señores que oprimís »á los pueblos y os mofáis de Dios, os doy una alegre nueva: »dentro de poco seréis ciudadanos de esa república.—Mi dis»curso es una protesta contra todo proyecto que tienda á »despojar á los pobres. Cien votos que yo tuviera, cien votos »daría contrarios».

»He aquí la democracia por Aparisi amada y practicada:

la igualdad de los hombres ante la ley; la protección á los débiles y pobres contra los fuertes y poderosos; la intervención en el gobierno de todas las clases de la sociedad, la de los trabajadores inclusive. Y no se quedaban en el aire sus protestas de democracia, al estilo liberal, cuyas obras están en continua contradicción con sus palabras y promesas; era Aparisi un gran demócrata práctico, pudiendo al efecto citarse multitud de episodios de su vida que evidentemente lo acreditan. He aquí algunos:

»Jamás admitió cruces ni condecoración alguna de nadie; menos de ningún gobierno; ni aun de Carlos VII, por el cual sacrificó su familia y su salud y no aceptó la más mínima recompensa ni sueldo.—El ministro de Isabel II Sr. Pacheco, le ofreció y rogó aceptase el cargo de fiscal del Tribunal Supremo de Justicia y consejero de Estado, no admitiendo Aparisi.—Decía que no aceptaba favores de nadie, porque el agradecimiento es fuerte cadena que sujeta al beneficiado, y él quería ser libre como los vientos del mar.

»Vestía Aparisi pobremente y pobremente se presentaba á Isabel II y Carlos VII, de los cuales fué el más imparcial consejero. Ante varios políticos decía cierto día á Aparisi uno de los más grandes talentos revolucionarios: «Yo soy aristócrata de inclinación, demócrata por política; tú eres el más gran demócrata que he conocido. A mí me gusta comer bien, vestir bien, tener buena cama y mejor casa; tú comes mal, vistes mal y duermes peor... Hasta en el andar eres demócrata...» Así hablaba de Aparisi aquel gran demócrata... á la moderna, que predicando democracia é igualdad, sostenía un lujo y prodigaba el dinero del pueblo hasta el escándalo. Aparisi, el carlista Aparisi, era demócrata de verdad, y los demócratas *de doublé* lo confesaron más de una vez.

»Es la democracia la antítesis del servilismo: por esto es también incompatible con el liberalismo, pues según frase de Aparisi, «los grandes liberales son los más grandes serviles», serviles ante los que triunfan, sean reyes, sean conspiradores; serviles ante el populacho, en cuya presencia tiemblan y ceden con el cobarde servilismo del que no sabe sostener varonilmente sus ideales. No aduló Aparisi á los reyes, á los cuales habló con una libertad que acusaría á veces insolencia, si la ciencia y autoridad de Aparisi no le libraran de tal nota; pero tampoco se doblegó servilmente á las muchedumbres, pues si hablar claro á un tirano es digno y varonil, mantenerse firme ante cien ignorantes tiranuelos es todavía más entero y heróico y hermosamente democrático».

En Aparisi, pues, podría tal vez estudiar demo-

cracia el prelado indicado arriba, de quien dice así el periodista que ha publicado sus declaraciones:

«Hablando de *Lo cursi*, la comedia de Benavente estrenada hace poco en Madrid, me dijo que se explica que la aristocracia y la clase media vayan más á las capillas de las congregaciones religiosas que á las otras iglesias, porque dichas congregaciones son más ricas y disponen de muchos elementos para que las predicaciones, producto de largos estudios y de amplios conocimientos, deleiten y enseñen más que las sencillas pláticas de los pobres curas, dignos de tanta conmiseración, porque apenas si tienen lo necesario para medio comer».

Demócrata, demócrata en verdad, y, sobre todo, oportuno y prudente. ¡Oh, pobres curas, que apenas tenéis lo necesario para comer! ¿Por qué no os aprovecháis de las terribles circunstancias en que la impiedad va poniendo á las órdenes religiosas, tan frecuentadas por la aristocracia y la clase media? Idos, idos con los que piden á voz en cuello el exterminio de los frailes y reclaman como energúmenos un nuevo año 33...

Pero no, calma, que bien sabéis vosotros quién tiene la culpa de vuestra situación precaria: son los... que monopolizan la celebración, quitándola á esos pobres curas que no tienen que comer; y son los gobiernos católicos que padecemos y todos cuantos los apoyan. Jamás en España, hasta ellos, se estorbaron frailes y curas. Sin embargo, no os pronunciéis contra esos gobiernos, no, que si desde Abraham hasta Daoiz y Velarde hubo mil y mil atletas de Dios y la Patria que se levantaron en armas contra los tiranos, á todos esos atletas se puede dar el siguiente consejo del mismo prelado:

«Si los liberales son hoy una fuerza viva, un torrente impetuoso, hagamos que aquélla no se emplee en malas obras, cooperemos con nuestros esfuerzos para que el torrente no se desborde: ¡evitemos las guerras de sangre, ya que la paz es tan hermosa como benéfica para todos!»

Para todos, y más para el buen prelado; el cual,

sin embargo, no se satisface con esa paz tan hermosa y benéfica, sino que, para remediar á los pobrecitos curas de su corazón que no tienen una triste limosna para misas, les trae un remedio del país donde á los Cánones y Disciplina Eclesiástica y Liturgia y Doctrina y obediencia se los pone en el candelero... de la ignominia.

«Hay que envidiar, dice, al clero de los Estados-Unidos, pueblo indudablemente de más adelantos que los de la vieja Europa. Allí los sacerdotes no tienen rentas del Estado, pero en cambio les permiten dedicarse al desarrollo de industrias. Visten sin traje talar, y hay algunos, como el obispo de San Francisco de California, que una vez terminadas sus obligaciones para con la Iglesia, invierte el resto del día en las tareas agrícolas».

¡.................! ¿.................? ¡.................! ¿.................?

¡Sin comentarios! No nos extraña poco ni mucho que envidie la civilización brutal de la república yanqui y el pestilente americanismo religioso, un prelado que en las mismas declaraciones se demuestra casi amigo del socialista Millerand y del impío judaizante Waldek-Rousseau, corifeos de la actual persecución religiosa en Francia; ni que pretenda excusar esta persecución con razones de partido abiertamente contrarias á la razón católica:

¡Por los clavos de Cristo!... ¿Esta es la predicación del Evangelio en las terribles circunstancias que atravesamos?

(*Luz Católica*, núm. 20=14 Febrero 1901).

V

Un Rey modelo.

Don Alonso V, hijo de D. Fernando el Justo, fué uno de los reyes más grandes qne ilustraron á Aragón. Fué elevado al trono en 1416, por muerte de su padre;

y no permitiéndole las circunstancias ensanchar por tierra las fronteras de su reino, lanzóse por mar á expediciones lejanas, abriendo aquella larga serie de guerras en que los españoles dieron en Italia tan relevantes pruebas de valor, asentando su imperio sobre aquellos mismos países que los habían tenido en otro tiempo bajo su dominio.

Fué D. Alonso un príncipe esclarecido, y aunque adolecía de algunos defectos, se mostró siempre católico sincero, siempre generoso y magnánimo, dictado que le ha conservado la historia. No sólo tuvo la gloria de ser uno de los primeros príncipes de su tiempo, por su buen gobierno y sus hechos de armas, sino que también floreció mucho en las letras. Complacíase en favorecer á los poetas y conversar con los sabios. Máxima era suya, y la repetía con frecuencia, que «un príncipe ignorante no es más que un asno coronado».

Pero en lo que más descolló fué en la magnanimidad de su espíritu cristianamente democrático, nota que podemos llamar inédita, pues no se han detenido los cronistas y biógrafos en hacerla resaltar como convenía. Esto es lo que intentamos nosotros, y para ello no necesitamos escribir una biografía de Alonso el Magnánimo, sino simplemente recoger algunas anécdotas históricas esparcidas en varias obras antiguas.

Volviendo D. Alonso de una expedición, ya de noche, y marchando un poco delante de sus guardias, acompañado solamente de un oficial, llegó á un poblado ocupado ya por sus tropas y se alojó en la primera casa que halló abierta. Había allí dos soldados junto á la lumbre del hogar, los cuales, no reconociendo al rey, llenáronle de improperios y amenazas, diciendo que no consentirían se quedase allí alojado. Don Alonso, lejos de irritarse, sonrió sin responder, y hasta contuvo con un gesto significativo al oficial que le acompañaba, el cual iba á dar á los soldados la respuesta conveniente. En esto llegaron allí los guardias

del rey, y habiéndole reconocido entonces los dos soldados, poseídos de terror se echaron á sus pies, suplicando que les perdonase. Don Alonso les levantó con insigne bondad y dulzura, y por todo castigo ordenó que aquella noche cenasen con la servidumbre de su séquito.

En otra ocasión, no cumpliendo un militar con el alto cargo que se le había confiado, D. Alonso le depuso de él. Despechado el militar, fuése por Italia, Francia y Alemania, declamando en todas partes contra la injusticia del rey de Aragón. Refugiado después en Florencia, el rey le hizo saber que podía volver á la corte con toda seguridad, añadiendo:

«Todavía no he olvidado vuestros servicios; lo que sí he olvidado es la ofensa».

Al propio tiempo le envió una cantidad considerable con que pudiese pagar los gastos del viaje.

Pasando una vez D. Alonso con su ejército por delante de Capua, un veterano, loco de ira porque juzgaba sus méritos desconocidos por el rey, se le puso delante, cogiendo de la brida su caballo, y le colmó de injurias gravísimas. Hizo D. Alonso un movimiento de cólera; pero al instante se reprimió de tal manera, que escuchó pacientemente la invectiva del despechado, y luégo siguió su camino sin responder una palabra.

Había entre los nobles de Aragón varios descontentadizos que hablaban mal de D. Alonso, no obstante los muchos beneficios que de él habían recibido. Lejos de manifestar disgusto porque así le llevaban en lenguas, decía:

«Por más que se empeñen, no conseguirán que deje yo de seguir la justicia y obrar bien».

Don Alonso conocía perfectamente á sus cortesanos. Volviendo de Sicilia por mar, ocupábase una mañana en echar pedazos de bizcocho á las aves acuáticas que seguían la galera, las cuales, luégo que co-

sían un pedazo, alejábanse volando y no volvían sino para cojer otro. Los caballeros de su séquito, que iban todas las mañanas á saludarle, halláronle aquel día ocupado en este pasatiempo; y como pareciesen extrañarse, les dijo:

«La mayor parte de mis cortesanos son como estos pájaros; no bien han recibido de mí el beneficio ó recompensa que ambicionan, aléjanse pronto y no vuelven sino para obtener cosa mayor».

Así como conocía los defectos de sus gentes, sabía también conocer y recompensar los méritos. El general Pissini, v. gr., que se distinguió mucho por su valor y pericia militar en la guerra de Italia, se granjeó con esto en la corte muchos envidiosos, uno de los cuales dijo en cierta ocasión delante de D. Alonso:

«Después de todo, ese hombre de quien tanto caso hacen y tan alto ponen, no es más que el hijo de un carnicero».

«Mirad lo que decís—observó el rey con severidad,—porque el hijo de un carnicero que de tan humilde cuna sabe elevarse por el mérito de sus actos á tal altura, está por encima de un rey que no tiene más mérito que el rango de sus antepasados».

Fuera en esta misma ó en otra ocasión, díjole con gran énfasis un cortesano adulador:

«Señor, no sois simplemente rey como los otros, sino hermano, sobrino é hijo de reyes».

«¿Y qué prueban todos esos títulos?, observó vivamente don Alonso. Prueban que, si tengo una corona, es por sucesión, es porque la heredé de mis antepasados, pero no que por mis méritos sea yo digno de llevarla. Reparad lo que decís, caballero».

Habiendo dispuesto la ciudad de Nápoles elevar á D. Alonso un arco de triunfo, tenía que ser derribada, para que hubiese espacio conveniente, la casa de un bravo oficial que se había distinguido mucho en las guerras de Italia. Sabiendo D. Alonso que iban á demolerla, se opuso terminantemente y dijo:

«Prefiero ver en pie la casa de un soldado fiel, á ver un

vano monumento que, al fin y al cabo, no es más que un montón de piedras».

Era tan poco amigo de vanas exterioridades, que hasta en sus vestidos evitaba toda señal de magnificencia, de suerte que en el vestir casi no se distinguía de cualquier hombre ordinario. Representáronle una vez que era conveniente sostener con cierto aparato exterior la majestad real, y respondió:

«No son la púrpura ni los diamantes los que deben distinguir á un rey, sino la prudencia y la virtud».

En éstas descollaba él, porque no las estudiaba, como tantos reyes, en las teorías aduladoras ni en las costumbres de sus cortesanos, sino en grandes maestros.

«Mis más fieles consejeros y más prudentes ministros, decía, son los finados. Para que en todo me digan la verdad, no tengo más que consultar sus escritos: cuando me place, les pregunto, y siempre me responden sin pasión, sin vacilaciones ni rodeos, sin temor alguno de desagradarme».

En el sitio de Gaeta dió una prueba admirable de su caridad y su justicia. Agotados los víveres de la plaza, los defensores de ella echaron fuera de las murallas á todos los ancianos, mujeres y niños como «bocas inútiles». Hallábase aquella muchedumbre de desgraciados en la situación más crítica, implorando ya la clemencia de los sitiados, ya la de los sitiadores, sin que unos ni otros les atendiesen, antes bien les respondían de los dos campos disparando algunos sus armas contra ellos. Enterado D. Alonso, reunió su consejo para tomar una determinación acerca de aquellos infelices; y opinando el consejo que se les rechazara, el compasivo rey protestó diciendo:

«Primero renunciaré á tomar la plaza, que tal cosa consienta. No han de morir de hambre esas pobres gentes, no: una victoria comprada á tal precio sería digna de un rey bárbaro y tirano, no de un rey cristiano. Yo no he venido á pelear con mujeres, niños y viejos, sino con enemigos capaces de defenderse. Mando que esos infelices sean recibidos en mi

campo, y que se les distribuyan todos los víveres que han menester para su sustento».

Así se hizo.

No menos brilló su intrépida caridad en otra ocasión. Viendo en inminente peligro de ser tragada por las olas una galera llena de soldados y marinos, mandó que se la socorriese; y como el peligro impidiese que su orden fuera puntualmente obedecida, él mismo bajó á una chalupa y se lanzó á socorrer la galera, diciendo á los que querían retenerle: «Más quiero ser compañero que espectador de su muerte». Su heróica intrepidez infundió valor á todos y la galera fué salvada.

No necesitaba D. Alonso de tan terribles trances para ejercitar la caridad y su democracia eminentemente cristiana. Encontró un día á un pobre hombre haciendo esfuerzos desesperados para sacar del barro un pollino cargado de harina que en él se había estacado, y al punto se apeó y con gran esfuerzo ayudó al hombre á sacar el animal de aquel atolladero, ensuciándose todo de barro. Cuando el paisano conoció que aquel hombre era el mismísimo rey D. Alonso, quedó mudo de asombro; pero el rey le tranquilizó diciendo:

«Buen amigo, todos los hombres somos hermanos y todos debemos ayudarnos mútuamente».

No sólo se tenía él por hermano, sino por padre de sus vasallos, y como padre cuidaba de ellos, que así es como un rey cristiano debe gobernar. Representáronle en una ocasión sus consejeros que se exponía paseando solo por la capital y sus afueras, y respondió:

«¿Acaso el padre tiene por qué temer cuando está enmedio de sus hijos? Mi conciencia y el amor de mi pueblo: esos son mis mejores guardas».

Y ahora, lectores, comparad la democracia de aquel rey antiguo con la democracia de otros reyes nuevos que se dicen elegidos por el voto del pueblo...

(*Luz Católica*, núm. 23=7 Marzo 1901).

VI

La Cuestión social (1).

"Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba..."

Yo no soy sabio, pero me ha sucedido hoy lo que al de estos versos: otro ha recogido las hierbas que yo arrojo. Sólo que, en este caso, las hierbas son de cinco francos, que ya quisieran muchos para sí.

¡Pobre E. de B.! No me era desconocido su nombre, sí la persona y sus cualidades. Hoy me ha visitado y casi me ha hecho llorar contándome sus apuros materiales, mucho más graves que todos cuantos yo he pasado: á su lado soy un Creso. Su lamentable relación me ha parecido bastante sincera: nada me ha pedido; pero en honor de la festividad del día (Purificación de Nuestra Señora), le he dado un pequeño socorro que ha recibibo con mucho agradecimiento, y no le ha faltado una buena limosna espiritual que, al parecer, ha recibido de igual modo, diciéndome que le he dado mucho consuelo con mis reflexiones filosófico-cristianas.

De B. es ó ha sido socialista activo, si no estoy muy equivocado; pero me ha dicho que tiene fe y que ésta le ha sostenido; es creíble, y en verdad que le hace falta, pues su tristísima situación, ya casi crónica, no lleva trazas de mejorar. No le conozco en ciencia ni en literatura, ni he podido medir sus alcances; sé que ha publicado varios libros y colaborado en periódicos, nada de lo cual recuerdo haber leído; pero me ha parecido poseer una memoria fenomenal y una in-

(1) Tomado de nuestras *Memorias, impresiones y pronósticos.*

teligencia apreciable, bien que tal vez un poquillo extraviada.

He aquí un hombre que parece capaz, con ansias de ocuparse aunque sea en hacer zapatos, buscando sin tregua cómo ganarse un franco para comer, y no hallando nada, nada que le dé para un bocado de pan que ni aun de limosna encuentra: me pasma que no muera de inanición.

Conozco en París á otros españoles, algunos de ellos amigos míos, que se pasan terribles apuros, y á quienes más de una vez he socorrido con largueza, atendida la escasez de mis medios; pero á ninguno conozco tan infortunado como de B. Esto sucede en un siglo que regolda humanidad, fraternidad, filantropía y otros aires pestilentes, y en este París que tiene su archimillonaria *Assistance Publique*, para dejar morir de hambre á los desgraciados.

Que un holgazán, un vago, uu pródigo, un vicioso padezcan, no es de extrañar; pero que un hombre honrado y capaz quiera trabajar para comer y no pueda; llame como B. á la puerta de las autoridades y no se la abran; implore la caridad de los pudientes y le reciban como el Epulón á Lázaro, ignominia es de que debiera avergonzarse la sociedad al uso. Necesario es que haya pobres; pero es crimen social dejarlos en tan terrible abandono. Si hay pobres, no haya miserables, no haya transidos de hambre, no haya cadáveres ambulantes.

Yo me explico perfectamente el socialismo y el anarquismo, engendrados por esta sociedad monopolizadora, acaparadora, formada en su mayoría de avaros y ladrones, que dejan al pobre sin camisa y sin pan.

Ladrones he dicho y no lo revoco. No se les han dado las riquezas para que las dediquen á solo su vientre, sino para que hagan bien á sus prójimos. Y en vez de hacerles bien, los explotan.

El rico que vive para sí sólo y no tiene cuenta con

los males de la sociedad, por ley debiera ser despojado de sus bienes en beneficio de los pobres.

Duro es esto que digo; pero más duro es lo que dijo Jesús Nuestro Señor: «Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el cielo».

Y es porque la inmensa mayoría de los grandes ricos retiene lo que no es suyo y arrebata lo ajeno, olvidando que gran parte de sus bienes pertenece á la sociedad, á los indigentes, que *en caso extremo* pueden lícitamente robarles si no los socorren.

No hay error social que no tenga en el fondo su parte de verdad y de lógica, y hasta la tuvo la Revolución francesa, con relación á los grandes abusos de la monarquía.

Desgraciadamente, no es esa verdad ni esa lógica, sino el desenfreno de la pasión, lo que domina en las explosiones populares y en las doctrinas que las producen. Si todo procediera según la parte de buen fondo, yo daría mi nombre al socialismo, porque nuestra podrida sociedad no tiene más remedio que el de una máquina gastada; hay que renovarla toda.

Y en este sentido, puesto que ella no se renovará, sino que seguirá cometiendo nuevos y mayores abusos, Dios Omnipotente será el primer socialista, destrozándola á rayos y truenos para reconstituírla después.

Contados son los publicistas modernos que no se han echado á resolver teóricamente la pavorosa cuestión social. A mi pobre entender, yerran todos, buenos y malos, porque todos suponen que esta sociedad es un enfermo sanable por la medicina, no siéndolo más que por una cirugía inexorable que nadie puede ejercer sino Dios.

Ni siquiera la Encíclica *Rerum novarum*, tan admirable en caridad y doctrina, puede resolver la cuestión *hic et nunc*, porque su aplicación necesita una sociedad constituída según Dios. No es de ella el defecto; es

nuestro: dad buen vino á un buen estómago y le sentará bien; pero si queréis que siente bien á un estómago inflamado, curadlo primero.

Y esta sociedad no se cura como el estómago; se ha de curar cortándola al rape, como el cabello á los tiñosos.

Cuanto más ahitos estamos de progreso moderno, peor constituída se encuentra la sociedad. La ciencia del día, la ontología de la civilización, la lógica de todos los raciocinios, la rueda motora de toda la máquina social, es la ciencia económica. *Pecuniae obediunt omnia.*

Y esta ciencia económica no distribuye la riqueza, no la fomenta sino en provecho de unas cuantas compañías ó afortunados particulares que lo acaparan y monopolizan todo, formando como un mar adonde acuden todos los ríos de dinero que surcan el mundo. Por eso el número de pobres aumenta á medida que aumentan los millones de los acaparadores.

Esto es un crimen social legalizado, dignificado, divinizado por las leyes y las costumbres: el fin supremo de la civilización es la comisión de ese crimen. ¡Y los cometedores de él dicen que todo marcha bonitamente, porque tienen montañas de oro con que comprar el hartazgo y el placer, mientras millones de infelices se mueren de inanición y de miseria! ¡Y se figuran que Dios no se ha de tomar venganza!

Cuando se la haya tomado, reconstituída la sociedad, se impondrá un límite á los monopolios y á las empresas, de suerte que se hagan en beneficio de la sociedad y no de cuatro avaros que la exploten como ahora. Nace uno de padres millonarios: la sociedad no le debe ni una sed de agua; su único mérito es haberse criado entre algodones; su única ocupación cobrar las rentas y vagar en busca de satisfacciones y placeres, ó bien, sin olvidar esto, ocuparse en explotar la sociedad para redoblar sus caudales. He ahí el tipo de los ricos de la época, con raras excepciones.

Y ¿por qué se ha de reputar mérito haber nacido con fortuna? ¿Por qué á los ricos, que se bastan á sí solos y no necesitan de padrinos ni protectores, se les han de facilitar medios de enriquecerse más y más y dominarlo todo, mientras el verdadero mérito y el ingenio son desconocidos y postergados?

Es necesario que se inviertan los papeles: es necesario que se dé al pequeño capital, y sobre todo á la virtud y al ingenio, lo que se da á los grandes capitales, y viceversa, poniendo trabas á la acción mecánica de los ricos y dando facilidades á los hombres de valer; de suerte que, si alguien amontona riquezas, sea por su saber, por su ingenio, por su mérito, no por la estúpida razón de alargar la mano con cuatro para recoger ocho.

(*Luz Católica,* núm. 16=17 Enero 1901).

VII

La solución social de la Cruz.

Problema social llaman al actual conflicto de la pobreza con el dinero, y no hay tal problema, porque veinte siglos ha dió Jesucristo la solución, la única solución, que la Iglesia ha tenido buen cuidado de recordar continuamente á los pobres y á los ricos, á los criados y á los amos, á los obreros y á los patronos. León XIII ha repetido la doctrina social de la Cruz derramando torrentes de viva lumbre en el mundo del trabajo, con sus tres Encíclicas *Quod apostolici muneris*, *Rerum novarum* y *Graves de communi*. Los obreros católicos de Roma acaban de grabarlas en los tres grandes tableros de bronce que han regalado al augusto Autor.

Pero las soluciones de Dios no agradan á los adoradores de *Mamón*, *quorum Deus venter est*. Han escrito

millones de libros, folletos, periódicos y hojas, y pronunciado millones de discursos proponiendo soluciones á cuál más descabellada; la única solución, la solución de la Cruz, es para ellos una zirigaña, una utopía del obscurantismo.

Todas sus soluciones empiezan y acaban en la pretendida ciencia económica, y la ciencia económica «está agotada», según confesión de un rotativo liberal, de suerte que «erróneamente procederán los parlamentarios que acudan á la Economía política en demanda de soluciones».

Ha escrito aquel periódico estas palabras inconciliables con sus pestíferos principios, porque dan actualidad á la cuestión social los desatinos vociferados en el circo parlamentario, teatro por horas de reglamento, ó círculo de compadres, conocido por el nombre de Congreso de los Diputados. La huelga, sofocada á tiros en Barcelona, no ha dado al asunto tanta actualidad como los desvaríos que en el Parlamento han brotado á borbollones tratando de dicha huelga, y por ella, del que llaman problema obrero ó social.

Después del artículo anterior, ¿qué más podemos decir, si la solución es única, y está tan clara? En todo caso, podríamos repetir: que pues la solución de la Cruz no se acepta á buenas, Dios la hará aceptar á truenos y rayos, destruyendo esta podrida máquina social que debe ser substituída por una nueva, porque no tiene compostura.

Sin embargo, bueno es añadir algo más en confirmación de la única solución sobredicha, y ante todo sepamos qué doctrinas predican al pueblo sus seudoregenadores. Citaremos sólo palabras no más viejas de dos meses:

El robo no es delito, se grita en un mitin de Barcelona. El asesinato y el incendio son lícitos y necesarios, vociferan por todas partes los sectarios de *Electra*. El asalto, el saqueo y la destrucción de igle-

sias y conventos, y la sangre de los ministros del Señor corriendo al pie del ara santa, son notas viriles y vibraciones nacionales, dice un *Vice-versa* de *El Liberal*. El pueblo debe ir á saciar su codicia saqueando conventos de religiosos, y sus apetitos carnales en los de las vírgenes consagradas al Señor, ronca *El País* y reproduce en todas las provincias la prensa avanzada. ¡Menos religión y más recaudación!, exclama *El Diluvio*. ¡Venga un 93 español!, exclaman los periodistas republicanos, los librepensadores, los socialistas, los libertarios y otras fieras de la *menagerie* revolucionaria.

¿A qué citar más? En el burdel social de las Ménades, autorizado por los gobiernos y celebrado por los escritores sin Dios y los oradores sin honor y sin vergüenza, todo son borracheras y furias por el estilo de las indicadas. Esas doctrinas se predican al pueblo. ¡Pobre pueblo! Y luego le persiguen á tiros y sablazos por las calles, cuando intenta gobernarse por estas doctrinas, los mismos que se las enseñan ó las declaran legales. Imagínanse que ese pueblo seducido será siempre carne de cañón, y yerran miserablemente. Oíd lo que poco ha escribía uno de los principales masones de Europa, según lo reprodujo la prensa católica:

«En muchas cosas hemos pecado por exceso. Quisimos arrebatar al pueblo cuantos dioses veneraba en el cielo y en la tierra; arrancámosle su fe religiosa, su fe monárquica, su probidad, sus virtudes de familia, y ahora que oimos en lontananza sus sordos rugidos, nos damos á temblar, temerosos de que el monstruo nos devore. Y no hay que esperar de él piedad; poco á poco le hemos ido dejando sin el menor sentimiento bueno... Sea la que fuere la suerte reservada á las ideas que han difundido las sociedades secretas, es seguro que seremos vencidos y que encontraremos dominadores. ¡Qué desengaño! Efímera ha sido nuestra fuerza, y nos deja para pasar á otras manos crueles, sanguinarias y desvergonzadas».

Y será muy lógico, por horrible que sea el desbordamiento de la demagogia, mayormente después que la masonería enseñó á los ricos á cuidar de las bestias con esas beluínas «Sociedades Protectoras de los ani-

males», y á quitar el pan á los hospitales y explotar y exprimir á los obreros en las fábricas y talleres. San Juan de Dios que viniera hoy á cargar á cuestas con los pobres y derramar en ellos la caridad de Dios, sería vilipendiado por los sabihondos de la economía política que piensan con el vientre y se arrastran con la cabeza; por lo cual el Santo podría decirles: «Hermanos, este es el juego de Virlimbao, tres galeras y una nao; del cual, mientras más viviéredes, menos aveys de aprender».

Porque niegan por sistema la verdad conocida, que es pecar contra el Espíritu Santo. El que tiene hambre y sed de aprender es el pueblo, aunque parezca lo contrario, y bien lo saben esos profetas aborrecibles que lo asedian á peroratas y periódicos y proyectos y leyes abominables. El pueblo madruga más que los aristócratas de la sangre y del dinero para aprender la doctrina.

«Entró Jesús muy de mañanita en el Templo, dice el Evangelista, y al punto le rodeó todo el pueblo, á quien Jesús predicó: más tarde acudieron los escribas y fariseos con una mujer sorprendida...» (VIII, 2 y 3).

El pueblo gusta tanto de oir buenas doctrinas, que así sea el pueblo judío, sigue en mayoría á Jesucristo por montes y despoblados; y si además la buena doctrina le es confirmada con hechos, entonces se entusiasma y aclama. Oyó á Jesucristo y le admiró siguiéndole; pero cuando el Hijo de Dios le dió de comer obrando el milagro de los panes y los peces, entonces quiso aclamarle rey, lo cual hubiera hecho, á no desaparecer Jesucristo. (Joan. VI).

He ahí por qué el Cardenal Monescillo condensó la solución cristiana en dos palabras tan sencillas como profundas: *Pan y hojas de catecismo*. Gusta el pueblo que le enseñen; pero el catecismo no le basta: quiere pan, y por la manera de darlo conoce la bondad de la doctrina, como los discípulos de Emaús conocieron á Cristo por el modo de partir el pan.

Nadie más que la Iglesia puede dar al pueblo estas dos cosas; por eso si los falsos maestros logran embaucarle, de admirador de Jesús se convierte en enemigo que pide su muerte; y después, por rigurosa lógica, se subleva contra toda autoridad y convierte la Judea en un país de sangre y ruínas, hasta que un Vespasiano y un Tito lo pasan á degüello.

Tal es la suerte del pueblo seducido; y tal será la solución del presente conflicto social. La demagogia subirá robando, matando, exterminando; después será pasada á cuchillo, y sólo entonces se establecerá la solución de la Cruz.

(*Luz Católica,* núm. 75=13 Marzo 1902).

VIII

Democracia de los Apóstoles.

(Epístola Católica de Santiago, caps. II y V).

«Hermanos míos: no intentéis conciliar la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo con la acepción de personas. Cuando entra adonde estáis un hombre que luce sortijas de oro y rico traje, y al mismo tiempo un pobre mal vestido; si ponéis los ojos en el que viene con vestido brillante y le decís que se siente en buen lugar, y al pobre, por el contrario, decís que se esté de pie ó se siente en el suelo, ¿no es claro que formáis en vuestro interior un tribunal y os hacéis jueces de sentencias injustas?

»Oid, hermanos míos muy amados: ¿no es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo para hacerles ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido á los que le aman? Verdad es, pero vosotros habéis afrentado á los pobres.

»¿No son, oh pobres, los ricos quienes os tiranizan con su poder y os arrastran á los tribunales? ¿No es blasfemado por ellos el buen nombre de Cristo, que fué invocado sobre vosotros?

»Si es que cumplís aquella regia ley de la caridad, *amarás*

á tu prójimo como á ti mismo, bien hacéis; pero si sois aceptadores de personas, cometéis un pecado, y la ley os reprende como transgresores, pues aunque uno guarde toda la ley, si quebranta un mandamiento, viene á ser reo de todos los demás.

»*Hablad y obrad como estando á punto de ser juzgados por la ley evangélica de la libertad, porque aguarda un juicio sin misericordia al que no usó de misericordia; pero obtendrá juicio favorable el que fué misericordioso.*

»¿De qué sirve á uno, hermanos míos, decir que tiene fe si no tiene obras? ¿Por ventura la fe podrá salvar á este tal? Si el hermano y la hermana están desnudos y necesitados del cotidiano alimento, ¿de qué les servirá que alguno de vosotros les diga que se vayan en paz y se defiendan del frío y coman á satisfacción, si no les dais lo necesario para reparo del cuerpo?

»Así, pues, la fe no acompañada de obras, está muerta en sí misma.

»Ea, pues, ¡oh ricos! llorad, levantad el grito *en vista de las desdichas que han de sobreveniros*. Podridos están vuestros bienes y vuestras ropas han sido roídas de la polilla. Vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido, y *el orín de estos metales dará testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habéis atesorado ira para los últimos días.*

»Sabed que el jornal que no pagasteis á los trabajadores que segaron vuestras mieses—ó elaboraron vuestras industrias—está clamando contra vosotros, y el clamor de ellos *ha penetrado los oídos del Señor de los ejércitos.*

»Vosotros habéis vivido sobre la tierra en banquetes y delicias, y os habéis cebado á vosotros mismos *como víctimas preparadas para el día del sacrificio*. Vosotros habéis condenado al inocente y le habéis muerto sin que os haya hecho resistencia.

»Pero vosotros, pobres hermanos míos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador, esperando recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe la lluvia temprana y la tardía. Esperad, pues, también vosotros con paciencia y esforzad vuestros corazones, porque *la venida del Señor está cerca.*

»No os querelléis unos contra otros, hermanos míos, para no ser condenados aquel día; mirad que *el Juez está á la puerta*. En los malos sucesos y desastres, hermanos míos, tomad ejemplo de paciencia de los Profetas, que hablaron en el nombre del Señor.

»Ello es que tenemos por bienaventurados á los que así padecieron. Habéis oído la paciencia de Job y visto el fin del

Señor. Cobrad ánimo, porque el Señor es misericordioso y compasivo».

IX

Sobre periodismo (1).

Esta barahunda de periódicos me tiene como atontado, y tiempo ha secuestrado de mis trabajos comunes, por lo cual comienzo á sospechar seriamente que no soy agradable á Dios Nuestro Señor, agitándome en ese terreno ingratísimo y tan lleno de hierbas ponzoñosas; y además, es tan poco lo que consigo para lo mucho que me molesto, que será forzoso terminar pronto por abandonar á todos esos señores á su afán de cuartos.

Sin dinero no se hace nada entre tales gentes, que al que mejor unta es á quien dan mayor bombo. Esta es una terrible plaga internacional que debe desaparecer en próximo día, porque la sociedad no puede continuar así: la causa de todos sus disturbios son las codicias y las imbecilidades de la prensa.

¿Qué es el periodismo? Un negocio en que se explotan la conciencia, el honor, la mentira, el escándalo, como se explota una mina, un ferrocarril, una fábrica, y en que no se respetan ni las más sagradas intimidades del hogar. La mayoría de los periódicos se funda por el lucro; y aun de los que salen para defender una idea, poquísimos hay que no vendan las demás.

Y ¿quiénes son los periodistas? Generalmente son estudiantes tronados y pigres, que han recogido en las aulas bastantes calabazas para echarse á nadar en ese mar turbulento. Los que no valen para aprender, los que oficialmente están declarados espúreos de la ciencia, se arrogan el papel de maestros de la sociedad y

(1) Del libro citado en la nota anterior.

encauzadores de lo que llaman opinión pública, y hablan y despotrican de todo con ínfulas enciclopédicas.

Id á toser delante de esos sabios de toda broza, y sabréis lo que es desdén; y si á tanto no queréis exponeros, preguntad á las «Sillas del prado», y os dirán quiénes son.

¡Vaya una sociedad civilizada esta, cuyos maestros, cuyos catones, cuyos guías, son cuatro garabateros que se van de pluma como los sacamuelas de boca! Porque, si bien es cierto que también los hay instruídos y hasta sabios, son los menos, y por cada uno de estos que no se vende, hay doce que son doce subastas públicas.

Pues añádase á todo esto el mal que hace la prensa en sentido religioso, y se verá que las ranas y langostas del país de los Faraones serían una plaga harto más llevadera que esta del periodismo. Los periodistas han hecho las revoluciones desde el *Terreur*, y ellos harán las que van á venir muy pronto á teñir de sangre toda la tierra.

Si para explicar una lección á los muchachos, ó para curar á un enfermo, se exige una carrera coronada de título, ¿cuánto más para hablar por escrito á todas las clases de la sociedad y señalar remedio á sus males? Si no se discurre un medio de establecer cómodamente la previa censura, á esa carrera habremos de llegar, á la carrera del periodismo, que habrá de ser tanto más larga cuanto es más complicado su objeto; bien que algunas carreras hay que para el caso necesitarían añadir pocos estudios.

Entonces nadie podrá ejercer de dómine de la sociedad sin sus estudios y su título correspondientes. Y hasta debiera dividirse este título en elemental y superior, como el de los maestros: el primero serviría exclusivamente para la parte periodística de información; el otro para ésta y la de apreciación. Para los

periódicos técnicos no se necesitaría de más carrera que la del ramo.

Una severa ley que pusiera coto á las *subvenciones*, etcétera, debería servir de complemento á estas disposiciones. Cuando todo esto se haga en armonía con la Religión, pocos meses bastarán para regenerar el mundo.

(*Luz Católica*, núm. 35=30 Mayo 1901).

CAPÍTULO XX

VARIOS

CAPÍTULO XX

VARIOS

I

Fe, esperanza, caridad (1).

Confiemos en la Providencia, pero sin sombra de temeridad por un lado ni de duda por otro. Si el Señor nos llama... «bramará Satán, tú lo dices, pero nosotros seremos victoriosos con Cristo». *Ommia in ipso constant,* dice San Pablo; «todas las cosas subsisten por Cristo». Por más contradiciones que se levanten, «si Dios está por nosotros, ¿quién podrá con nosotros?» Nadie y nada. *Dominus regit me...* «Dios nos rige y nada nos ha de faltar».

Abandonémonos al Señor, nada intentemos sin el Señor, *omnem solicitudinem projicientes in eum,* como aconseja San Pedro; «descargando en su seno todas nuestras solicitudes, pues Él tiene cuidado de nosotros». Obrando así, haremos grandes cosas; y si no, las haremos pequeñas y malas; porque, como dice el Sabio, «en manos de Dios estamos nosotros, y nuestros discursos, y toda sabiduría».

No, nada intentemos sino en Cristo, con Cristo y por Cristo. «¿Quién es,—pregunta el profeta de los

---

(1) De una carta del autor.

Trenos,—quién es ese que manda las cosas sin que las haya mandado el Señor?» Tengámonos por lo que somos, por vilísimos instrumentos que el Señor ennoblece utilizándolos, y tomemos como venidos de su mano todos los contratiempos que nos sobrevengan, recordando aquello del profeta Amós: «¿Hay acaso en la ciudad algún mal que no sea dispuesto por el Señor?»

No hay hado, no hay acaso, no hay suerte, nada hay fatal ó fortuíto, todo viene de Dios. «Métense en el saco las suertes, dice el libro de los Proverbios, pero Dios es quien las dispone».

Confiemos, sí, pero no nos durmamos, no escatimemos cosa alguna de nuestra parte, no seamos temerarios por falta de cooperar. Oremos, pensando en lo que puede ser mejor, para escogerlo en su día, «no porque seamos suficientes por nosotros mismos para concebir algún buen pensamiento como de nosotros mismos, dice el Apóstol, sino que nuestra suficiencia viene de Dios, y Dios es el que asimismo nos ha hecho idóneos para ser ministros suyos».

Preparémonos también, pensando en las iniquidades que comete el mundo, para cobrarles odio implacable como David, que dijo: «Odié la iniquidad y la tuve en abominación». *Guerra á la maldad y misericordia á la flaqueza* debe ser nuestro lema; y después de lanzar á los fariseos los rayos de nuestra ira, vayamos á comer con el publicano y consolemos á la pecadora arrepentida.

Así lo hizo el Dios de la Cruz y así lo harán sus Crucíferos: ira y dulzura, guerra y paz, leones y corderos. León de Judá es Jesucristo nuestro Jefe, y Cordero de Dios; Cordero que así se deja desollar sin dar un balido, como abre los sellos del Apocalipsis y triunfa lleno de ira. «Escondednos de la ira del Cordero», oyó San Juan que clamaban los príncipes del mal.

Yo tengo deseos de venganza, muy grandes deseos

de muy grande venganza; y si Dios me ayuda como espero...

En cuanto á los tratos que me han dado los hombres, ya sabes cómo pienso: no he de molestar á nadie, perdono á todos desde ahora, y si estuviera en condiciones, les diría como José á sus hermanos: «No temáis; ¿asaso podemos algo contra la voluntad de Dios? Intentasteis hacerme mal, y Dios lo ha convertido en bien, para elevarme como veis. No temais, yo cuidaré de vosotros...»

Esto aparte de lo que pertenece á la vindicta pública.

(*Luz Católica*, núm 23=7 Marzo 1902).

II

Los católicos despiertan.

Caliéntanse la cabeza de algún tiempo á esta parte más de cuatro periodistas católicos, esforzándose en hallar la causa del fenómeno internacional que en un querido colega alicantino acabamos de leer expresado de esta manera:

«Un periódico hacía notar días pasados que Alemania, Inglaterra, Rusia, Estados-Unidos... es decir, las naciones más ricas, ilustradas, poderosas y florecientes, se hallan libres de las vergonzosas *vibraciones* que conmueven y deshonran á la raza latina, decaída, corrompida, corruptora y sectaria».

Nunca se explicará la verdadera causa de semejantes efectos, mientras se estudie á la sola luz natural de las eiencias sociológicas. Siendo de fe que todos estos sucesos son decretados ó permitidos por el Autor y Gobernador del Universo, inútil es estudiarlos sin partir, como de su principio, del Gobierno de la divina Providencia. Hay tal costumbre de olvidar en la práctica este punto capital de la fe de Cristo,

que casi todos hablan y escriben como si Dios se estuviera paseando por la cima de sus cielos, sin cuidarse de las sociedades, cuyos vaivenes son, por lo tanto, meros efectos del libre albedrío de los hombres, ó de un hado cuyo intrincadísimo futuro carece de principios y de reglas.

Es lo mismo que pretender escribir una magnífica obra de literatura sin emplear nunca el *alfa* y la *omega*, ó descifrar una agudísima charada olvidando del todo la primera sílaba, ó explicar el Apocalipsis con omisión del número siete y prescindiendo de la acción divina.

La raza latina es la depositaria de la fe de Cristo, es el pueblo judío del Testamento Nuevo, y en este pueblo desfoga preferentemente su rabia Lucifer, como la desfogó en el antiguo, porque los demás adoraban á él y no á Dios. Dios lo quiere así, en virtud de su ley eterna, y necesaria supuesta la condición del hombre, de sacar el bien de las entrañas del mal.

Las naciones que hoy prosperan son las separadas de la Iglesia Romana, y decaen las que le permanecen fieles, que son las latinas de uno y otro continente. En éstas es donde la masonería y su hijo el liberalismo despliegan toda su furiosa actividad, sabiendo que para conseguir sus fines es indispensable descatolizar enteramente dichas naciones; que las otras, todas protestantes, cismáticas ó infieles, bien manejables son en sentido religioso.

He ahí la causa de la decadencia de la raza latina; y además hay otra causa, quizá la principal, como es el castigo que merecemos por nuestra infiel correspondencia á la vocación de depositarios de la fe de Cristo; pero castigo que al mismo tiempo, purificándonos, sírvenos de preparación para las grandes empresas futuras que Dios nos ha encomendado. Sin un castigo horroroso no triunfaremos, *ni empezaremos á levantarnos de veras sino en lo más recio del castigo.*

Estamos en días casi idénticos á los del pueblo hebreo en tiempo de los Antíocos. Víctimas somos de los incircuncisos y de los traidores, y aun lo seremos más; pero Judas Macabeo está próximo á ponerse al frente de los ejércitos de Dios.

¿Queréis una imagen fidelísima de lo que está pasando? No es solo imagen; es profecía, gran profecía, como que es un capítulo del Apocalipsis, el XII, donde se describe la lucha de la Mujer (la Iglesia en un sentido, la raza latina en otro y España en un tercero bastante literal) y de su hijo el Gran Monarca, con auxilio de San Miguel y sus ángeles, contra el dragón infernal ó las sectas coaligadas. Y si alguien desea ver un comentario ó paráfrasis de dicho capítulo, consulte la *Visión Apocalíptica* de nuestro cap. IX y el art. IV del XVI.

III

Palabras de fuego.

Los admirables destinos de esta Mujer valerosa y de su Hijo varón necesitan de una preparación larga y laboriosa, dadas las leyes del Gobierno de la Providencia, y no han de llegar á la plenitud de ellos sin que antes haya intentos, planes, ansias de empezar la accción decisiva, por parte de muchos que creen en Dios y á Dios. Acordaos de los Macabeos, y por su historia sabréis la nuestra.

En efecto, los católicos despiertan con un despertar grandioso; pero todo esto es una simple preparación. El grito varonil del P. Coubé no se perdió en Lourdes; resonó por todo el mundo y despertó á muchos Coubés que dormían un sueño providencial. Y pues al enérgico P. Coubé hemos nombrado, justo es ocuparnos del discurso arrebatador que pronunció

delante de la basílica del Santo Rosario, á 18 de Abril. Es un tema que no se hace viejo. Vamos á traducir parte de lo que dijo *Le Figaro*, nótese bien, *Le Figaro*, de 25 de Mayo:

«Quizá desde la predicación de las Cruzadas ningún orador haya tenido, en medio de tan maravillosa decoración, un auditorio tan espléndido, esto es, sobre 50.000 hombres extendidos por la esplanada, y en las montañas vecinas otras muchedumbres que subieron allá para gozar mejor de aquel portentoso espectáculo. La voz del P. Coubé era tan clara y vibrante, que se le oía muy bien de todas partes: esto era verdaderamente prodigioso. Hablaba lentamente y marcaba muy bien todas sus palabras: cada una producía su efecto. Pronto el auditorio todo quedó literalmente electrizado.

»El P. Coubé acababa de saludar con palabra inflamada á los héroes y la bandera de Patay y del Pei-Tang, y añadió:

»Mas ¿por qué saludar á esa porción escogida? ¿Es que aquí no somos todos soldados bajo la bandera de Cristo? Pues ¡adelante, soldados de Cristo, adelante, marchemos a la conquista de la libertad! ¿Acaso en este hermoso país de Francia la libertad pertenece solamente á los descreídos y malhechores?

»La muchedumbre.—¡No, no!

»—¿Es que los católicos han de seguir resignándose á no ser más que unos parias en su vieja y santa Patria?

»La muchedumbre.—¡No, no!

»—¿Es que todo esto no es intolerable?

»La muchedumbre.—¡Sí, sí!

»—¿Es que vosotros lo vais á consentir por más tiempo?

»La muchedumbre.—¡No, mil veces no!

»—¿Es que no sentís el aire de libertad que sopla desde la cima de estas montañas, que os vivifica, y que mañana pondrá en conmoción á todo el país?»...

»Estas palabras produjeron un entusiasmo indescriptible, una interminable tempestad de aplausos, que los directores de la peregrinación no podían contener.

»Entonces fué cuando Mgr. Schaepfer, obispo de Tarbes, que hacía rato estaba dando señales inequívocas de impaciencia, se levantó, llamó al P. Lemius, superior de los capellanes de Montmartre, y le mandó que hiciese callar al orador. Felizmente, el P. Lemius no quiso obedecer este mandato; porque tales eran las disposiciones de la muchedumbre, que si el P. Coubé llega á callarse por orden del Obispo, nadie sabe lo que hubiera sucedido. Lo que hizo el P. Lemius y en esto le ayudó el mismo P. Coubé, fué pedir al auditorio que

cesasen los bravos y aplausos, mas todo fué inútil por unos momentos. Calmada después la agitación (y enfadado el Obispo) prosiguió el P. Coubé, hablando de elecciones y otras cosas, y tuvo frases de mucho efecto, como las siguientes que mantuvieron la tensión eléctrica de la muchedubre:

»Esta peregrinación no sería nada, no produciría nada, no pasaría de ser un hecho banal, *si al fin de ese hecho no reluciese una espada*...

«¿Vais á votar por Barrabás? ¡No, no mil veces! Esto sería sancionar las leyes impías que pronto crucificarán al Salvador. No, ¡ah! no crucificaréis vosotros á este Rey amado; no, no dejaréis que otros le crucifiquen... Van á presentároslе revestido con la púrpura de burlas de que le adornó Pilatos; pero vosotros lo libertaréis y pondréis en sus hombros el manto real de su soberanía social»...

«Después del discurso, el Obispo encargó al P. Lemius que transmitiese al orador la expresión de su disgusto y le rogase ó le mandase que *el discurso no fuese publicado*, á lo cual accedió el P. Coubé».

Basta; pero sepan nuestros lectores que la prensa católica francesa empleó un lenguaje más enérgico que el del *Fígaro*... y recuerden, porque tiene aplicación aquí, el artículo *Epifanistas y Macabeos* del capítulo VIII.

Las naciones europeas van á dividirse en dos solos campos: de Macabeos y Epifanistas... Los Macabeos van surgiendo en España más seriamente que en otras partes, y una prueba de esto son las corrientes de unión que se han producido entre los buenos católicos.

Si los profetas y la filosofía providencial de la historia, y los principios invariables de psicología social no nos prometieran con toda seguridad la venida inminente de un hombre que nos ha de salvar, podría prometérselo el que supiera comprender lo que ha de salir de las ansias de unión que se han despertado entre los buenos católicos españoles, enfrente del desbordamiento judáico-masónico-liberal, desde que *Luz Católica* apareció para anunciar todo lo que está pasando y mostrar en ello la preparación de los caminos del Gran Monarca.

Cierto que *Luz Católica* no esperó que se hiciese la unión definitiva sino cuando estemos á punto de ahogarnos en un mar de sangre, porque ciertos elementos oficiales sólo entonces caerán del pedestal de su soberbia y su egoísmo; mas no por eso deben los buenos católicos cejar en sus trabajos por la unión, para facilitarla, ya que no pueden ahora consumarla, y en este punto no andamos nosotros remisos.

A *Luz Católica* atribuyen muchos de nuestros lectores el espíritu de unión que se ha desarrollado. Nosotros ningún interés tenemos en ser iniciadores ni primeros en nada, y sin conceder ni negar lo que se dice, notamos solamente que ese espíritu general no existía antes de *Luz Católica*, y que así en Navarra, como en Salamanca, como en Valladolid, como en Valencia, como en Sevilla y otras partes, las ligas de unión católica se han formado sustancialmente al tenor del españolismo que *Luz Católica* vino defendiendo. De Dios viene todo bién; á Él sea dado honor y gloria por todo.

(*Luz Católica*, núm 35=30 Mayo 1901)

IV

Alianzas.

¿Por nuestra cara bonita? ¿por la dinastía borbónica? ¿por hacer el caldo gordo á determinada personalidad?

Ríanse ustedes del que les venga con semejantes inocentadas de tan descomunal calibre, y comiencen por batir las mandíbulas de risa, con toda la seriedad del burro, empleada esta vez por la prensa de gran circulación, esa prensa asalariada, según dijeron en el mensaje á D. Alfonso los Prelados reunidos en el Congreso Católico de Compostela.

Hoy no somos ni chicha ni limoná. Ni nos hacen caso, por inferiores, ni hay quien busque nuestra amistad, por colosos; y sin embargo lo dice *El Imparcial*, órgano hidraúlico del acuático exministro señor Gasset; lo dice el papel del maestro Ferreras, lo dice el desafinado órgano del imperfecto ministro de Instrucción pública; lo dicen, en fin, todos esos rotativos de primera fila que constituyen la flor y nata del periodismo modernista por lo anticuado.

Dicen que Francia solicita á toda prisa nuestra alianza; que el ministro ruso de Negocios Extranjeros es esperado exclusivamente venido de Rusia, para celebrar en París y Madrid, respectivamente, conferencias de gran importancia con Mr. Loubet y con don Alfonso; que el duque de los Abruzos ha venido á España con el mismo fin, y que pronto vendrán no sé cuántos embajadores de otros tantos Estados á sacar á España de sus casillas, obligándola á ser *coqueta* ó á que se decida á dar su mano á uno solo de los miles de pretendientes que la solicitan.

Y sigue diciendo la prensa que todo esto es debido á nuestra preponderancia y al respeto y cariño con que miran las potencias á la familia reinante.

¡Ca! si esas naciones no tienen cariño ni á la camisa que visten los suyos, no siendo para robársela...

El cariño y el respeto que nos manifestaron cuando los Estados Unidos, gracias á Sagasta y Moret, cometieron con nosotros las infamias é iniquidades que el mundo entero conoce. Hicieron mangas y capirotes, atropellaron las leyes de la guerra, el derecho internacional, el *derecho* de gentes, empleando todos los *torcidos* imaginables. Y, sin embargo, ninguna potencia dijo esta boca es mía.

¡Hasta la República de Andorra se declaró neutral!...

¿Y ahora buscan nuestra alianza y nuestra amistad?

Esa actitud de las potencias estriba en que sus di-

plomáticos ni son ranas ni tienen un pelo de tontos, y saben perfectamente, y ven con ojo avizor los grandes conflictos del porvenir, y que no tardarán tanto en llegar como se figuraban algunos, burlándose de *Luz Católica* y blasfemando de su Director; y que esos conflictos han de resolverse en el mar latino, y que el triunfo será, sin duda alguna, del que cuente con las ventajosas posesiones de nuestro patrio territorio.

Y como saben todo esto y otras cosas más gordas que se callan porque no les conviene decir, se vienen ahora lavando la cara á D. Alfonso y á Doña Cristina, y los liberales creen que las potencias buscan y solicitan la amistad y alianza nuestra por... eso, por la cara bonita de que antes hemos hablado.

Lo que nos causa gran disgusto es el pensar que no sabremos aprovecharnos de esas amistades que ahora se nos brindan, ni de nuestra situación topográfica y marítima, y que águilas y cetáceos extranjeros sacarán más partido de España que los mismos españoles.

¡Cuán previsor ha sido el genio de *Luz Católica!*—TORIBIO.

(*Luz Católica*, núm. 102=18 Septiembre 1902.

V

Rumores absurdos.

Para complemento de lo anterior, nos ocuparemos de otra noticia que también va rodando estos días por la prensa desde que la publicó *Le Gaulois*. Según ella, la estancia del emperador Guillermo en Londres, con motivo del fallecimiento de la reina Victoria, ha servido para cimentar la alianza entre Inglaterra y Alemania, añadiendo que se preparan grandes acontecimientos en Europa; pero también se hace constar el disgusto que la prolongada estancia del emperador en Londres ha producido en toda Alemania.